

## Impacto Social del Arte

México - Filipinas - Brasil

# Letras

México / Pachuca

Cuento

Maribel Idelette López Ballesteros

## YA NADIE CURA LAS HERIDAS CON SALIVA

Tiene una percepción muy vaga de la guerra, como si la estuviera viviendo desde el fondo del mar, anestesiada y sin sentir nada más que miedo. La ve borrosa en su mente; desdibujada en la memoria. Algo remota y distante, llena de gritos horrorizados y explosiones tan difusas que casi olvida las náuseas que la atraviesan con cada detonación.

La abuela dice que está ida, como muerta en vida. Y quizá tenga razón, porque ha pasado los últimos dos años escondida, enterrada en un agujero donde todo se ve negro e indefinido; llena de tierra, humedad y gusanos que ya se acostumbraron a caminar entre los vellos de su piel. Sepultada para guarecerse de los soldados que buscan en ella un motín de guerra. Rapada y amoratada para alejarlos de ahí. Apestosa para causarles asco, aunque casi nunca funcione. Eso, como muerta en vida.

—Amelia —llama mamá, decidida y estridente, como si hace mucho tiempo hubiera dejado de tener miedo—, ¡Amelia!

Su voz ya no suena como un rumor de cuento y sus ojos han dejado de curvarse hacia arriba con cariño. Parece que su olor también se ha esfumado con ella.

Mordiéndose la lengua, Amelia contiene el aliento y apoya la frente en el suelo, queriendo fundirse con él. No le gusta su nombre pronunciado por ella, ya sin una gota de ternura en la saliva.

Se obliga a respirar despacio y profundo, a detener el temblor que no ha dejado de bailar en los dedos desde que un par de cabos tumbaron la puerta de su casa en busca de algo lindo para usar, disfrutar y tirar.

Tragando saliva, recuerda a la abuela, cómo siempre le ha dicho que, ante todo, es esencial conservar la calma, mantenerse de hierro y no dejar que el frío se cuele entre las grietas de los huesos.

—Creo que ya se han ido todos— dice mamá, arrodillándose para poder inclinar su cuerpo hacia donde ella está—. No oigo nada desde hace un par de horas. Puedes salir.

Abre la trampilla y Amelia se deja limpiar el hollín de la frente con esos dedos que han dejado de ser protectores. Los siente ásperos y fríos, más viejos que la última vez que se acordaron de acariciarla.

Mira sus labios, cómo se mueven. Cree que le hablan. Parecen lentos y abatidos, como si las grietas que los adornan pesaran un montón de toneladas. Lee su nombre en ellos y en el ceño fruncido que siempre los acompaña.

Asiente porque es lo que ha aprendido a hacer y se muerde el interior del moflete para salir del aturdimiento. Falla. La desorientación no parece querer abandonarla nunca.

Soltándola, mamá asiente de regreso.

—Tienes que irte ya, antes de que salga el sol y alguien pueda verte.

Después de escuchar eso, es bastante difícil no despertar. Abre la boca y la siente áspera, llena de algo muy parecido al aserrín. Está tan seca que de ella no sale ninguna protesta.

Obedeciendo, se resigna y se levanta. Sorbe sus mocos con temblores de ojos húmedos que la hacen retorcerse, resbalar torpe y a jadeos quedos cuando da vuelta y se arriesga a salir del boquete horadado con sus propias manos.

Se llena la cara de polvo cuando escala por las paredes del falso búnker.

Al levantarse, choca con la mesa que tiene justo arriba. Luego gatea sin sobarse y se detiene por completo. Escucha atenta y ya no hay soldados, no hay gritos sentidos ni súplicas desgarradas. Es verdad, se han ido.

Suspira aliviada porque sin estallidos la guerra parece sólo un delirio lejano.

Mamá camina acelerada y estrella un par de bidones de hierro contra su pecho. Deduce que quiere que vaya por agua, quizá también por un poco de pan. Habla, grita, la apresura y es algo más que simple desespero. Es la premura del hambre que llevan acumulando tres días.

—Vete, vete, yo me encargo de la comida.

Es la abuela, que siempre la mira con el ceño muy fruncido cuando la manda a hacer algo, como si le dijera con los ojos que no tolera la impertinencia.

Se siente ridícula cuando le tiemblan las piernas, pero prefiere desobedecer y quedarse dentro, donde todo es oscuro y frío, lleno de polvo y bichos que también se refugian entre las grietas del hormigón. Tal vez por eso se encoge un poco y retrocede hasta pegar la espalda en la pared. Inspira con fuerza y en silencio, como si quisiera tragarse todo el aire del mundo, y se obliga a entender lo que gritan esas dos mujeres.

—¡Bruno! —llaman, y Amelia lo siente allí, justo donde martillea el corazón: ese miedo repentino que hiela la sangre. Ruega porque al gato no le dé por maullar.

La abuela lo vuelve a nombrar. Su voz se oye lejana y casi parece que no está sobre Amelia, poniéndole la piel de gallina con cada grito que no entiende.

«¡Bruno, ven aquí bichito!, ¿dónde está ese maldito gato?».

Es lenta pero impaciente, prende fuego con leña seca y suelta una carcajada como de mar agitado cuando Bruno sale de entre los huecos del colchón. Maúlla un poco y luego nada, mamá lo coge del cuello y ni siquiera le cuesta torcerlo hasta que deja de gruñir como demonio infectado.

Algo pasa, un rasgido. La cabeza rueda y Bruno sangra a borbotones, el pelo blanco llega a punto de escarlata y Amelia siente el corazón martillando en el paladar. Está paralizada. Petrificada de pies a cabeza.

Arrodillada de pronto en un suelo lleno de escombros y con la estructura de su existencia completamente descompuesta.

De nuevo, todo parece ir más despacio, como si el tiempo se hubiera ralentizado de repente y la vida se hubiera convertido en un instante vacío y eterno, lleno de sombras intimidantes y maullidos perdidos que le oprimen el pecho.

Se siente desnuda, sin ojos y sin labios, con un grito atorado en la garganta y muchísimas exclamaciones quemándole en la punta de la lengua. Tiene los párpados muy abiertos, los ojos desorbitados y está segura de que se

va a ahogar porque el aire parece volverse irrespirable, denso como el humo y cargado de ese olor amargo que desprende la sangre podrida.

Perdida, con la mente en blanco y la piel del pecho calcinada, llena de una conmoción que no ha pedido. Se espanta. Y cuando está a punto de preguntar qué carajo ha pasado, la sangre llega hasta donde está ella.

—Amelia —advierte la abuela, como si no acabara de degollar a su único amigo —, ¿cómo vamos a cocinarlo si no hay agua?

Apretando la mandíbula, contiene el aliento, alza la barbilla y procura no vomitar. No concibe tanta crueldad.

Necesita salir de ahí, pero tiene el pecho oprimido y el cuerpo lleno de espanto, agarrotado de tanto miedo.

Nunca ha sabido darle nombre a sus emociones, mucho menos cuando está tan atiborrada de ellas. Sólo sabe que está inmóvil y desorientada. No entiende nada, o casi nada. Ve a su madre y a su abuela, al gato muerto y tiene que estirar los dedos para comprobar que la sangre, caliente y pegajosa, es real.

Todo da tantas vueltas que tiene que apretar los párpados para poder volver a respirar. Se siente extraña, sujeta al suelo encarnado; desamparada en más de un sentido porque toda esa hambre va a tener que ser saciada con carne de un gato que siempre ha sido familia.

El pecho se le agita con el mero pensamiento.

Por un momento, pierde el equilibrio. Las rodillas le tiemblan y su cuerpo entero se eriza con esa angustia que sólo nota cuando los soldados llegan a ultrajar.

Todo aquello que se junta y se comprime hasta apretar los pulmones, termina manifestándose a través de algunas lágrimas silentes y un temblor casi incontrolable que la hace sentir todavía más desamparada.

Mamá la ve y no entiende nada. «¿Por qué lloras?», pregunta. Y Amelia sólo atina a apretar los dientes. Cierra los puños contra sus costados y espera a que las piernas le respondan para alejarse de ahí.

Sus pasos son torpes, las lágrimas le pican en la base de la garganta y la confusión es tal, que incluso le cuesta respirar. O quizá sea sólo el olor del

infierno. La calle destruida y el fango podrido de la lluvia. La pus, el miasma, las heridas infectadas y todos esos cuerpos muertos.

Ahí afuera todo es incluso más oscuro que adentro. Como un vacío infinito de escombros revueltos y carne molida. De días negros y nebulosos, desolados como el invierno y tan helados como la soledad.

Lucifer, si existe, debe estar encantado con el festín.

Es una noche extraña, de luna redonda y opaca. Lluve y cuando llueve en medio de la guerra no sólo es agua helada la que cala hasta los huesos. Allí las tormentas se convierten en ríos de sangre que apelmazan la tierra. Las calles se vuelven líquidas y las baldosas dejan de ser grises para pintarse de rubí. Es como si la muerte misma se desplomara sobre el suelo. Lo moja, lo empapa, lo vuelve resbaladizo.

Las ventanas que han logrado mantenerse en pie parecen resquebrajarse a cada gota. Hasta que deja de llover.

Si mira hacia abajo, ve blanco de luna y rojo tormento. Restos de lo que alguna vez fue hogar y huellas inmensas de botas que se amontonan como hierba mala. De esa que lo pudre todo.

Debe ser algo así porque de repente se siente corroída. Putrefacta.

Consumida hasta los huesos. Piensa en Bruno y en su pelo de invierno, en los ronroneos que solían despertarla y en todas esas caricias que ya nunca sentirá. Se estremece y le dan ganas de vomitar.

Luego inspira y parpadea, todavía un poco desorientada; seca las gotas que han caído en su cara y carraspea para ahuyentar las náuseas.

El pueblito pintoresco en el que vivía es ahora una ruina catastrófica. Tan oscura que parece tragarse todo lo que tiene delante. Como uno de esos agujeros negros de los que hablaban en clase de física, hace ya muchos años.

Todo es helado y sucio, pestilente. A Amelia le resulta casi insoportable, esa fetidez que la llena por dentro; la mudez continua que taladra los oídos; toda la angustia que no se puede sacar del pecho.

Camina como si estuviera derrotada: empapada, con la cabeza gacha y los pies descalzos; perforados y sangrantes por los guijarros del suelo. Avanza de a poco, casi arrastrando los pies. Hombros encogidos, mandíbula apretada y el corazón palpitando en la garganta. Cuando llega al final de la calle, resopla

cansada y dolorida. No tiene tiempo de parar un poco porque de pronto escucha un par de risas seguidas de una arcada pútrida y descompuesta. Frunce los labios llenos de grietas para evitar el grito que estuvo a punto de escapar de su boca, luego se agacha y gatea hasta pegar la frente a la corteza de un árbol caído.

—¡Mi camisa!, ¡me vomitaste la puta camisa!

Es un chillido agudo y gracioso, torpe. De hombre borracho. Asoma los ojos y ahí, en el filo de un porche destruido, tres hombres juegan a gritar.

Como si no hubiera guerra. Uno de ellos, el más joven y callado, tiene las manos en la cabeza, la respiración descontrolada y el cuello imposiblemente rojo, como si estuviera a punto de explotar. Suda nervioso. Se le nota desde lejos que el miedo le está saturando. Intenta taparles la boca, callarlos, pero parece una tarea bastante imposible.

Voltea hacia atrás y Amelia no está muy segura de qué es lo que busca o de quién huye, pero se le erizan los sentidos y deja de respirar cuando le ve empujando a sus amigos hacia la calle más cercana. Se vuelve constantemente, como si quisiera asegurarse de que nadie les está siguiendo. Después de unos diez o quince pasos, tropiezan con un par de cuerpos tirados. Los observan un momento y los dos más escandalosos ríen, patean con violencia para quitarlos del camino y se meten en la quinta puerta a la derecha.

Amelia nunca ha tenido muy buena vista, un poco nebulosa a más de diez pasos, pero está segura de que el cuerpo más pequeño no ha muerto.

Armándose de valor, sale de su escondite con los bidones en las manos y el corazón acelerado. Falta poco para que amanezca y si alguien la encuentra afuera, está muerta. No sabe si metafórica o literalmente, pero prefiere no averiguarlo.

Acercándose un poco, se obliga a observar. Frunce el ceño cuando ve que se trata de un pequeñito que brilla mojado y desnudo sobre el pecho de una mujer marchita. Nota que inhala a suspiros, como si ya no tuviera fuerzas ni para llorar. También que tiene la boca aferrada al pezón de una madre que lleva muerta al menos un par de días. Está hinchada y con la piel desprendida por los gusanos que la carcomen, llena de llagas y bubones que supuran algo a lo que Amelia no se quiere ni acercar.

Es rápida cuando coge al bebé y muy torpe cuando se aleja para poder

sentarse en la esquina del fondo, justo debajo de un pequeño techo caído que puede esconder su estrecha complexión. Toquetea los mofletes del pequeño y los siente helados. Los ve morados. Decide cobijarlo entre sus brazos y debajo de su blusa roída.

Asumiendo que aquellos hombres huían de algo de lo que ella también debería escapar, levanta su cuerpo y apresura sus pasos calle abajo. Camina encorvada, casi en cuclillas; los dientes apretados y el ceño fruncido.

Determinada, como si no le diera miedo la oscuridad.

Aun así, lo siente en la espina dorsal, el temor tangible. Como si alguien la estuviera persiguiendo dentro de esa calle oscura que parece tener dientes afilados por todas partes y un centenar de balas frías apuntando a su pecho.

Le tiembla el aire en los pulmones cuando escucha pasos detrás de ella, acercándose deprisa. Recorre el lugar con los ojos y casi suspira aliviada cuando distingue la fachada del teatro.

Cruza un par de calles desoladas, da vueltas como si aquello fuera un laberinto y hace una lista en su mente de todos los lugares en los que puede buscar agua. El pozo detrás del atrio, el río y alguna cisterna inexplorada.

Camina rápido, lo más rápido que puede. Aprieta el estómago, ciñe al bebé a su pecho y trata de no gimotear por todo lo que se clava en la planta de sus pies. Así llega, con la respiración contenida, los dedos llenos de barro y el corazón a punto de salir por su garganta.

Cerrando la puerta, apoya su espalda en ella y aprieta los ojos. De pronto, su corazón va tan rápido que las pulsaciones se hacen visibles a través de las venas. Todo es apresurado e inquietante y el silencio se vuelve tan frágil, que parece incluso palpable.

Respirando hondo, ajusta sus ojos a la oscuridad y consigue adentrarse sin temblar. Está mucho más oscuro, si eso es posible, que el agujero que hay en medio de su casa. Hay agua encharcada, sombras alargadas y un par de respiraciones que, se asegura, son pura imaginación. Un producto idiota de su paranoia.

Sube al escenario con extremo sigilo. Todo es oscuro y siniestro, abandonado. Las paredes son altas, con columnas que parecen llegar al cielo y lámparas que han dejado de alumbrar su diámetro. Es como si las tinieblas se aferraran a todas las esquinas y ni el sol pudiera deshacerse de ellas.

Siempre ha sido su lugar favorito. Aunque ahora está casi destruido.

El suelo cruje como si estuviera dolorido y deben ser los recuerdos que se aferran al escenario como el polvo a las cortinas más altas, de terciopelo rojo y un poco verde en los márgenes enmohecidos.

Se fija en el fondo devastado, la madera de los palcos, los muebles apolillados y viejos, con el barniz desgastado y un dejo de obsolescencia que resulta casi incómoda a la vista. Mira las paredes y recuerda lo grandes y brillantes que solían ser. Doradas cuando el sol pegaba en los vitrales y luminosas cuando desprendían ese olor tan característico de cuero agrietado, papel viejo y tinta corrida.

Ahora todo está hecho de restos deslucidos y grietas corrompidas.

Extrañamente similar a lo que siente en la garganta seca, llena de descuido e indefensión.

Se piensa en ese mismo escenario, con la cara roja y el cuello ardiendo de rabia y tristeza, de felicidad, de angustia o de la plenitud más honesta cuando se inclinaba y el teatro aplaudía de pie. Recuerda que solían temblarle las manos antes de cada actuación, que se le nublaba la mente y de pronto se sentía completamente desprovista de cordura.

Ahí debió haberse quedado gran parte de su felicidad, entre las horas muertas en los ensayos o en alguna de las interminables noches que oían el eco de los monólogos que nunca logró memorizar.

Cierra los ojos y niega lentamente. Traga saliva cuando siente el atisbo de un lloriqueo en la piel de su pecho y se queda helada cuando, a la luz de la luna, ve al pequeño marchito y amoratado, con los labios descarnados y los párpados llenos de sangre seca.

Girando sobre sus talones, respira tres veces y avanza temblorosa. Es difícil caminar rodeada de tanto escombros, pero lo hace y busca la manera de volver a salir. Encuentra, en el segundo piso, una ventana intacta con vista al patio trasero.

Quitando un par de cosas del suelo, sube al escritorio que hay debajo del alféizar y se aferra al marco de madera que cruje bajo el peso de sus dedos. Es una ventana vieja, de travesaños que pintan rectángulos y un tamaño considerablemente grande. Tantos años y tan poco mantenimiento, hacen que se vea como si estuviera a punto de desmoronarse. Espera que no lo haga, que

soporte su peso, que sea aliada en su misión. Con cuidado, jala hacia sí la primera mitad del cristal y se pregunta si su cuerpo entero cabrá por ahí. No quiere arriesgarse, así que abre la otra puerta.

Cierra los ojos un segundo y todo le da vueltas. Por supuesto que le teme a las alturas. Se piensa volando hasta llegar al suelo, cayendo eternamente, con el estómago encogido y un grito atorado en el pecho.

Tragando saliva, afianza al bebé en su torso, respira profundo y poco a poco asoma su cuerpo al exterior. Primero es la cabeza y luego el torso entero. Se estira lo suficiente como para abrazarse al tronco del árbol más cercano y luego salta con los ojos apretados, rezando para que sus pies aterricen en la rama gigante que tiene justo debajo. Gracias al cielo, y no a sus escasas habilidades motrices, todo sale bien.

Desciende con el pecho agitado y temeroso, con los ojos apretados y los pies tanteando las ramas antes de apoyarse en ellas. Cuando por fin llega al suelo, suspira de alivio.

Antes de definir el rumbo que tomará, decide rodear la construcción entera. Camina un par de metros hasta quedar oculta entre el follaje y comienza a andar en silencio. No despegla la vista del edificio, observa sus ventanas, los arcos, la piedra hendida y todos sus secretos. Hay un pozo pequeño cerca de ahí, lleno de agua de lluvia.

Suspira y se emociona. Sonríe con el ceño fruncido hacia arriba y agradece no tener que llegar hasta el río, colmado de cuerpos flotantes y pestilentes, a llenar los bidones con agua podrida y roja.

Parpadea y amanece de repente. El sol vacila a su derecha, brillante y a lengüetazos de luz que se colorean de rosa. Lo sabe porque al bebé le resplandece la punta de la nariz mientras se retuerce, cansado y elástico, soltando una especie de resoplido que le llena la cara de saliva pegajosa.

Es extraño verlo así, al alba, tan chiquitito y callado. Con la expresión ausente de tirantez, aunque su vida no sea más que un pequeño infierno. Le cuesta respirar, como si fuera un acto que reclamara toda la fuerza que no tiene. Lo siente agitarse en sueños justo después de que suene su estómago reclamando algo de comida. Raro, porque ni siquiera tiene vida suficiente como para llorar.

Pero nada de eso importa demasiado en ese instante, porque de repente

siente algo helado en el corazón. Se escuchan pasos de soldado cerca de ahí, brutales y despiadados. El bebé gime y Amelia comienza a temblar. Corre y el camino a casa se convierte en una odisea apresurada, llena de sombras borrosas y desteñidas por la violencia de la carrera.

Llega y lo hace sin uno de los bidones en la mano. Luego entra y es inmediato, las fuerzas se le van y no tiene más remedio que desplomarse en el suelo. Jadea cansada y la abuela la mira con la mano alzada, el ceño muy fruncido y una pregunta indolente en medio de los labios. «¿por qué has tardado tanto?»

Como si no supiera que salir es arriesgar la vida.

Ni siquiera se inmuta cuando Amelia muestra que en su pecho hay un bebé que no se mueve porque ha dejado de respirar. Le arrebató el cuerpo para inspeccionarlo, olisquea un poco la piel de su cráneo hendido y se las arregla para componer una mueca insensible, llena de repulsión.

Lo deja como se dejan las bolsas de basura, un poco más allá de la puerta de entrada. Amelia siente que le acaban de robar el futuro.

—Eres una inconsciente —dice con las manos en la cadera y la mandíbula tan apretada que casi se puede escuchar el rechinar de sus dientes, como si estuviera mascando el enojo.

Amelia se encoge sobre sí misma cuando escucha su voz de rugido seco y arañado, de esos que anticipan la mano en la piel y una marca morada que no se quita jamás.

No responde y mamá se acerca para arrancar el bidón de sus manos.

Llena las únicas copas que han sobrevivido, sirve un poco de Bruno quemado en el plato y es la abuela quien se sienta frente a ella, al lado de una madre que se abalanza sobre la carne quemada, llena de toda la piel que no supieron quitar.

Mastican y duele, de alguna forma. Pesado en la faringe y desgarrador entre los dedos que anhelan cuidar a un par de seres que han dejado de existir.

Tragan y Amelia tiembla con los puños apretados. Se siente incómoda, impotente, contrariada por tanta indiferencia. Encerrada en un mundo bélico y asesino, con cientos de dagas apuntando siempre a su pecho y una frialdad bestial que ni siquiera sabe descifrar. Piensa en que mamá tenía razón cuando dijo que la guerra deja marcas mucho más profundas que una bala. Como la absoluta falta de empatía. La ausencia de conmoción. La reacción tan árida y desierta, tan escasa de sorpresa. Un gato en el plato y un bebé en la basura; una madre muerta a la que quitan del camino con un puntapié.

Ha habido tanto dolor, tanta muerte, que ya nada sorprende. Nada escandaliza.

No hay lugar para el asombro.

Rechinando los dientes, se atreve a bufar. En su interior se fragua un sentimiento similar a la ira. A la impotencia. Esa que ve en su madre y en su abuela es la misma indolencia que vio en los ojos de aquellos hombres.

No puede evitar pensar que es justo eso, la pasividad y la indiferencia, la complicidad, lo que sustenta la guerra. El soporte de la pena. La simiente de ese infierno.

De pronto todo se ahoga en furor. Tiene la piel escarlata, los incisivos machacando su labio y siente el pulso latiendo en la garganta. Está mareada, tiene la piel erizada, su sangre arde embravecida y no deja de pensar en que ojalá supiera cómo despertar a su madre y a su abuela de ese letargo emocional en el que las ha hundido la guerra. Y la sangre. Y los cuerpos amontonados afuera del patio. Los brazos mutilados y el hedor rancio que nunca se va.

Respirando profundo, trata de mitigar su enojo. Lleva la copa hasta sus labios y añora las navidades en las que brindaban al lado de un abuelo que hacía demasiado ruido al reír.

Muerde y el mundo explota en cientos de cristales que se obliga a masticar. Sangra y guarda silencio, saborea el hierro en su boca y no las deja de mirar.